

iba pareciendo más insustancial cada día; y cada vez que se le ponía delante echaba á rodar los proyectos de vida piadosa que Ana poco á poco iba acumulando en su cerebro, dispuesta á ser, en cuanto mejorase el tiempo, una *beata* en el sentido en que el Magistral lo había solicitado. Mientras pensaba en el marido abstracto, todo iba bien; sabía ella que su deber era amarle, cuidarle, obedecerle; pero se presentaba el señor Quintanar con el lazo de la corbata de seda negra torcido, junto á una oreja; vivaracho, inquieto, lleno de pensamientos insignificantes, ocupado en cualquier cosa baladí, tomando con todo el calor natural lo más mezquino y digno de olvido, y ella sin poder remediarlo, y con más fuerza por causa del disimulo, sentía un rencor sordo, irracional, pero invencible por el momento, y culpaba al universo entero del absurdo de estar unida para siempre con semejante hombre. Salía don Víctor dejando tras sí las puertas abiertas, dando órdenes caprichosas para que se cumplieran en su ausencia; y cuando Ana ya sola, pegada á la chimenea taciturna, de figuras de yeso ahumado, quería volver á su propedéutica piadosa, á los preparativos de vida virtuosa, encontraba anegada en vinagre toda aquella sentimental fábrica de su religiosidad, y calificaba de hipocresía toda su resignación. «¡Oh no, no! ¡yo no puedo ser buena! yo no sé ser buena; no puedo perdonar las flaquezas del prójimo, ó si las perdono, no puedo tolerarlas. Ese hombre y este pueblo me llenan la vida de prosa miserable; diga lo que quiera don Fermín, para volar hacen falta alas, aire...» Estos pensamientos la llevaban á veces tan lejos que la imagen de don Alvaro volvía á presentarse brindando con la protesta, con aquella amable, brillante, dulcísima protesta de los sentidos poetizados, que había clavado en su corazón con puñaladas de los ojos el elegante *dandy* la tarde memorable de *Todos los Santos*. Entonces Ana

se ponía en pié, recorría el comedor á grandes pasos, hundida la cabeza en el embozo del chal apretado al cuerpo, daba vuelta al rededor de la mesa oval, y acababa por acercarse á los vidrios del balcón y apretar contra ellos la frente. Salía, cruzando el estrado triste, pasillos y galerías, llegaba á su gabinete y también allí se apretaba contra los vidrios y miraba con ojos distraídos, muy abiertos y fijos, las ramas desnudas de los castaños de Indias, y los soberbios eucaliptus, cubiertos de hojas largas, metálicas, de un verde mate, temblorosas y resonantes. Si no llovía mucho, Frigilis solía andar por allí; más tiempo faltaba Quintanar de casa que Frigilis de la huerta. Ana acababa por verle. «Aquél había sido su único amigo en la triste juventud, en el tiempo de la servidumbre miserable; y ahora casi le odiaba; él la había casado; y sin remordimiento alguno, sin pensar en aquella torpeza, se dedicaba ahora á sus árboles, que podaba sin compasión, que ingertaba á su gusto, sin consultar con ellos, sin saber si ellos querían aquellos tajos y aquellos inger-tos...» «¡Y pensar que aquel hombre había sido inteligente, amable! Y ahora... no era más que una máquina agrícola, unas tijeras, una segadora mecánica, ¡á quien no embrutecía la vida de Vetusta!»

Frigilis, si veía á su querida Ana detrás de los cristales, la saludaba con una sonrisa y volvía á inclinarse sobre la tierra; aplastaba un caracol, cortaba un vástago importuno, afirmaba un rodrigón y seguía adelante, arrastrando los zapatos blancos sobre la arena húmeda de los senderos... Y Ana veía desaparecer entre las ramas aquel sombrero redondo, flexible, siempre gris, aquel tapabocas de cuadros de pana eternamente colgado al cuello, aquella cazadora parda y aquellos pantalones ni anchos ni estrechos, ni nuevos ni viejos, de ramitos borrosos de lana verde y roja alternando sobre fondo negro.

Á menudo visitaban á la Regenta la del Banco y el Marquesito. — Paco estaba admirado de la heroica resistencia de la de Ozores; no comprendía él que su idolo, su don Alvaro tardase tanto en conquistar una voluntad, en rendir una virtud, si la voluntad estaba ya conquistada.

«—Ella está enamorada de ti, de eso estoy seguro— decía Paco á Mesía en el Casino, á última hora, cuando sólo quedaban allí los trasnochadores de oficio.

Estaban los dos sentados junto á un velador cubierto con fina y blanca servilleta; cenaban con sendas medias botellas de Burdeos al lado, y llegaban al momento necesario de la expansión y las confidencias; Mesía melancólico, pasando á tragos la nostalgia de lo infinito, que también tienen los *descreídos* á su modo, inclinaba mustia la gallarda y fina cabeza de un rubio pálido, y parecía un poco más viejo que de ordinario. Callaba, y comía y bebía. Paco, con la boca llena, pero no por modo grosero, sino casi elegante, hablaba, brillante la pupila, rojas las mejillas, con el sombrero echado hacia el cogote.

—Ella está enamorada, de eso estoy seguro... pero tú... tú no eres el de otras veces... parece que la temes. Nunca quieres venir conmigo á su casa... y eso que don Víctor nunca está, siempre anda con el espiritista de Frígilis por esos montes.

Paco creía que Frígilis era espiritista, opinión muy generalizada en Vetusta.

—En su casa no se puede adelantar nada. Es una mujer rara... histérica... hay que estudiarla bien. Dejadme á mí.

No quería confesar que se tenía por derrotado: creía firmemente que Ana estaba entregada al Magistral. No quería aquella conversación; se sentía ahora humillado con la protección de Paco, solicitada meses antes por él. Sin saberlo, el Marquesito le hacía daño

cada vez que le hablaba de tal asunto y le proponía planes de ataque y medios para entrar en la plaza por sorpresa. «¿Cuándo había necesitado él, Mesía, socorros por el estilo? ¿Cuándo había permitido á nadie saber el cómo y á qué hora vencía á una mujer?... Y esta señora le humillaba así! ¡Cómo se reiría de él Visita, aunque lo disimulaba; y el mismo Paco ¿qué pensaría? ¡Ah Regenta, Regenta, si venzo al fin!... ya me las pagarás!» Pero ya no esperaba vencer; lidiaba desesperado. En vano, siempre que el tiempo lo permitía, montaba en su hermoso caballo blanco de pura raza española; pasaba y repasaba la Plaza Nueva, y algunas veces veía detrás de los cristales, en la Rincónada, á la de Quintanar que le saludaba amable y tranquila; pero no era el caballo talismán como él había creído, porque la escena de la tarde aquella no se repitió nunca. «Sí, lo que yo temía, no fué más que un cuarto de hora que no pude aprovechar.» Creía con fe inquebrantable que ya su único recurso sería la ocasión difícilísima, casi imposible, de un ataque brusco, bárbaro, coincidiendo con otro cuarto de hora. Pero esto no colmaba su deseo, no satisfacía su amor propio, sería un placer efímero y una venganza... ¡y además era casi imposible! Pocas veces se había atrevido á visitar á la Regenta, que no le recibía si no estaba don Víctor en casa. Quintanar, en cambio, le abría los brazos y le estrechaba con efusión, cada día más enamorado, como él decía, de aquel hermoso figurín: ¡qué arrogante primer galán en comedia de costumbres haría el dignísimo don Alvaro! Pero ya que las tablas no le llamasen ¿por qué no se hacía diputado á Cortes? Mesía había nacido para algo más que cabeza de ratón; era poco ser jefe de un partido, que nunca era poder, en una capital de segundo orden. ¿Por qué no se iba á Madrid con un acta en el bolsillo?

Cuando le dirigía estas preguntas lisonjeras, don

Alvaro inclinaba la cabeza y miraba con gesto compungido á la Regenta como diciendo:

«—¡Por Vd., por el amor que la tengo estoy yo en este miserable rincón!»

—Usted es de la madera de los ministros...

—Oh... don Víctor... no crea Vd. que eso me halaga... ¡Ministro! ¿Para qué? Yo no tengo ambición política... Si milito en un partido es por servir á mi país, pero la política me es antipática... tanta farsa... tanta mentira...

—Efectivamente, en los Estados Unidos sólo son políticos los perdidos... pero en España... es otra cosa... un hombre como Vd... Subiría mi don Alvaro como la espuma.

Pero don Alvaro suspiraba y volvía los ojos á la Regenta... Por lo demás, él seguía considerando que ante todo era un hombre político. Lo de ir á Madrid lo dejaba para más adelante. Ahora hacía diputados desde Vetusta y se quedaba allí; pero en cuanto tuviera más blanda á la señora del ministro, él volaría, él volaría... seguro de no dar un batacazo. Estos eran sus planes. Pero además aquella resistencia de Ana, que había creído vencer sino en pocas semanas en pocos meses, era un nuevo motivo para retrasar el cambio de vecindad. ¿Cómo ir á Madrid sin vencer á aquella mujer? Y aquella mujer parecía ya invencible.

Desde la noche de Todos los Santos, Mesía, vergüenza le daba confesárselo á sí mismo, no había adelantado un paso. Ocho días había estado sin conseguir hablar á solas un momento con Ana, y cuando logró tal intento fué para convencerse de que aquella exaltación de la tarde dichosa había pasado acaso para siempre.

Visitación se volvía loca. Su marido, el señor Cuervo, y sus hijos comían los garbanzos duros, se lavaban

sin toalla porque ella había salido con las llaves, como siempre, y no acababa de volver. «¿Cómo había de volver si aquella empecatada de Regenta no se daba á partido, y resistía al hombre irresistible con heroicidad de roca!» El mísero empleado del Banco retorció el bigotillo engomado y con voz de tiple decía á la muchedumbre de sus hijos que lloraban por la sopa:



—Silencio, niños, que mamá riñe si se come sin ella...

Y la sopa se enfriaba, y al fin aparecía Visitación, sofocada, distraída, de mal humor. Venía de casa de Vegallana donde había conseguido que Ana y Alvaro se hablaran á solas un momento, por casualidad... que había preparado ella. ¡Pero buena conversación te dé Dios! Él había salido mordiéndose el bigote y le había dicho á ella, á Visita: «Déjame en paz! al querer darle una broma. Déjame en paz!» señal de que no daba un paso. Visitación sentía ahora una vergüenza retrospectiva; recordaba el tiempo que había ella tardado en ceder, lo comparaba con la resistencia

de Ana y... se le encendían las mejillas de cólera, de envidia, de pudor malo, falso. Algo le decía en la conciencia que el oficio que había tomado era miserable... pero buena estaba ella para oír consejos de comedia moral y gritos interiores; aquel anhelo villano era una pasión cada día más fuerte, era de un saborcillo agri-dulce y picante que prefería ya á todas las dulzuras de la confitería. Era una pasión, una cosa que recordaba la juventud, aunque al mismo tiempo parecía sintoma de la vejez. En fin, ella no trataba de resistir, y había llegado á creer que sería capaz de arrojar á su amiga á la fuerza en brazos del antiguo amante. De todos modos, en casa de Visita faltaba la limpieza de suelo y muebles, de sala y cocina, y no era su hogar una taza de plata, y día hubo que el marido no encontró camisa en el armario y se fué al Banco... con un camisolín de su mujer, que simulaba bien ó mal un cuello marinero.

Pero tanto afán era inútil; ni Visita, ni Paco, ni los paseos á caballo de Mesía, conseguían rendir á la Regenta. ¡Y si al menos se viera que era indiferencia aquella fortaleza! Pero, no; á leguas se veía, según los tres, que Ana estaba interesada. Esto era lo que les irritaba más, sobre todo á Visita. Don Alvaro no hablaba de este mal negocio con la del Banco, por más que ella le hurgaba. Con Paco únicamente desahogaba, y pocas veces. —Pero Ana creía en un complot y esto la ayudaba no poco en su defensa. Iba de tarde en tarde á casa de Vegallana, á pesar de las protestas pesadas, insufribles de Quintanar, que repetía:

—¡Qué dirán esos señores, Anita, qué dirán los Marqueses!

Si don Alvaro perdía la esperanza, el Magistral tampoco estaba satisfecho. Veía muy lejos el día de la victoria; la inercia de Ana le presentaba cada vez nuevos obstáculos con que él no había conta-

do. Además, su amor propio estaba herido. Si alguna vez había ensayado interesar á su amiga descubriéndole, ó por vía de ejemplo ó por alarde de confianza, algo de la propia historia íntima, ella había escuchado distraída, como absorta en el egoísmo de sus penas y cuidados. Más había: aquella señora que hablaba de grandes sacrificios, que pretendía vivir consagrada á la felicidad ajena, se negaba á violentar sus costumbres, saliendo de casa á menudo, pisando lodo, desafiando la lluvia; se negaba á madrugar mucho, y alegando como si se tratase de cosa santa, las exigencias de la salud, los caprichos de sus nervios. «El madrugar mucho me mata; la humedad me pone como una máquina eléctrica.» Esto era humillante para la religión y *depresivo* para don Fermín; era, de otro modo, un jarro de agua que le enfriaba el alma al Provisor y le quitaba el sueño.

Una tarde entró De Pas en el confesonario con tan mal humor, que Celedonio el monaguillo le vió cerrar la celosía con un golpe violento. Don Fermín bajaba del campanario, donde, según solía de vez en cuando, había estado registrando con su catalejo los rincones de las casas y de las huertas. Había visto á la Regenta en el parque pasear, leyendo un libro que debía de ser la historia de Santa Juana Francisca, que él mismo le había regalado. Pues bien, Ana, después de leer cinco minutos, había arrojado el libro con desdén sobre un banco.

—¡Oh! ¡oh! ¡estamos mal!—había exclamado el clérigo desde la torre; conteniendo en seguida la ira, como si Ana pudiera oír sus quejas. Después habían aparecido en el parque dos hombres, Mesía y Quintanar. Don Alvaro había estrechado la mano de la Regenta que no la había retirado tan pronto como debiera; «¡aunque no fuese más que por estar viéndolos él!» Don Víctor había desaparecido y el seductor de

oficio y la dama se habían ocultado poco á poco entre los árboles, en un recodo de un sendero. El Magistral sintió entonces impulsos de arrojar de la torre. Lo hubiera hecho á estar seguro de volar sin inconveniente. Poco después había vuelto á presentarse don Víctor, el tonto de don Víctor, con sombrero bajo y sin gabán, de cazadora clara, acompañado de don Tomás Crespo, el del tapabocas; los dos se habían ido en busca de los otros y los cuatro juntos se presentaron de nuevo, ante el objetivo del catalejo que temblaba en las manos finas y blancas del canónigo. Don Víctor levantaba la cabeza, extendía el brazo, señalaba á las nubes y daba pataditas en el suelo. Ana había desaparecido otra vez, había entrado en la casa, olvidando á Santa Juana Francisca sobre el banco, y á los dos minutos estaba otra vez allí con chal y sombrero; y los cuatro habían salido por la puerta del parque, que abrió Frígilis con su llave. ¡Iban al campo!

Cuando don Fermín se vió encerrado entre las cuatro tablas de su confesonario, se comparó al criminal metido en el cepo.

Aquel día las hijas de confesión del Magistral le encontraron distraído, impaciente; le sentían dar vueltas en el banco, la madera del armatoste crujía, las penitencias eran desproporcionadas, enormes.

En vano esperó, con loca esperanza, ver á la Regenta presentarse en la capilla, por casualidad, por impulso repentino, como quiera que fuese, presentarse, que era lo que él quería, lo que él necesitaba. Verdad era que no habían quedado en tal cosa; ocho días faltaban para la próxima confesión, ¿por qué había de venir? «Porque sí, porque él lo necesitaba, porque quería hablarla, decirle que aquello no estaba bien, que él no era un saco para dejarlo arrimado á una pared, que la piedad no era cosa de juego y que los libros edificantes no se tiran con desdén sobre los ban-

cos de la huerta; ni se pierde uno entre los árboles de Frígilis sin más ni más, en compañía de un buen mozo materialista y corrompido.» Pero, no, no pareció por la capilla Ana. «Sabe Dios dónde estarían. ¿Qué expedición era aquella? Necedades de don Víctor; había levantado el brazo señalando á las nubes; aquello parecía como responder del buen tiempo; en efecto, la tarde estaba hermosa, podía asegurarse que no llovería... pero ¿y qué? ¿Era esa razón suficiente para salir con el enemigo al campo? Porque aquel era el enemigo, sí, don Fermín volvía á sospecharlo. La Regenta, sin embargo, jamás se había acusado de una afición singular; hablaba de tentaciones en general y de ensueños lascivos, pero no confesaba amar á un hombre determinado. Y Ana, su dulce amiga, no mentía jamás y menos en el tribunal santo! Pero entonces ¿con quién soñaba? El Magistral recordó la dulcísima hipótesis que había acariciado algún día... y ahora se oponía esta otra que le hacía saltar dentro del cajón de celosías: supongamos que sueña con... ese caballero!» Salió de la capilla furioso, sin disimularlo apenas. Encontró en el trasero á don Custodio y no le contestó al saludo; entró en la sacristía y amenazó al *Palamo* con la cesantía, porque el gato había vuelto á ensuciar los cajones de la ropa. Pasó después al palacio y el obispo sufrió una fuerte reprensión de las que en tono casi irrespetuoso, avinagrado, espinoso, solía enderezarle su Provisor. El buen Fortunato estaba en un apuro, no tenía dinero para pagar una cuenta de un sastre que había hecho sotanas nuevas á los familiares de S. I. Y el sastre, con las mejores maneras del mundo, pedía los cuartos en un papel sobado, lleno de letras gordas, que el obispo tenía entre los dedos. El alfayate llamaba serenísimo señor al prelado, pero pedía lo suyo.

Fortunato, temblorosa la voz, solicitaba un presta-

mo. El Magistral se hizo rogar, y ofreció anticipar el dinero después de humillar cien veces al buen pastor que tomaba al pie de la letra las metáforas religiosas.

«¿ Á qué habían venido las sotanas nuevas? Y sobre todo ¿ por qué las pagaba él, Fortunato, de su bolsillo? Si sabía que no tenía un cuarto, porque toda la paga repartía antes de cobrarla, ¿ por qué se comprometía? » Fortunato confesó que parecía un subteniente de los sometidos á descuento; dijo que quería salir de aquella vida de trampas.

—« Yo no sé lo que debo ya á tu madre, Fermín, ¿ debe de ser un dineral? »

—« Sí, señor, un dineral, pero lo peor no es que usted nos arruine, sino que se arruina también, y lo sabe el mundo y esto es en desprestigio de la Iglesia... Empeñarse por los pobres... Ser un tramposo de la caridad. Hombre, por Dios, ¿ dónde vamos á parar? Cristo ha dicho: reparte tus bienes y sígueme, pero no ha dicho: reparte los bienes de los demás... »

—« Hablas como un sabio, hijo mío, hablas como un sabio, y si no fuera indecoroso, pedía al ministro que me pusiera á descuento, á ver si me corregía. »

Después entró en las oficinas De Pas y allí tuvieron motivo para acordarse mucho tiempo de la visita. Todo lo encontró mal; revolvió expedientes, descubrió abusos, sacudió polvo, amenazó con suspender sueldos, negó todo lo que pudo, preparó dos ó tres castigos para varios párrocos de aldea y por fin dijo, ya en la puerta, que « no daba un cuarto » para una suscripción de los marineros náufragos de Palomares.

—« Señor—le dijo llorando un pobre pescador de barba blanca, con un gorro catalán en la mano—¡ señor, que este año nos morimos de hambre! ¡ que no da para borona la costera del besugo! ... »

Pero el Magistral salió sin responder siquiera, pensando en Ana y en Mesía; y á la media hora, cuando

paseaba por el Espolón solo y á paso largo, olvidado el compás de su marcha ordinaria, le repetía en los sesos, no sabía qué voz: ¡ besugo, besugo !

« ¿ Por qué se acordaba él del besugo? » Y encogió los hombros irritado también con aquella obsesión de estúpido.

—« No faltaba más que ahora me volviera loco. »

Pasaron ocho días y á la hora señalada Anita se presentó de rodillas ante la celosía del confesonario.

Después de la absolución enjugó una lágrima que caía por su mejilla, se levantó y salió al pórtico. Allí esperó al Magistral y juntos, cerca ya del oscurecer, llegaron á casa de doña Petronila.

Estaba sola el Gran Constantino; repasaba las cuentas de la *Madre del Amor Hermoso*, con sus ojazos de color de avellana asomados á los cristales de unas gafas de oro. Era muy morena, la frente muy huesuda, los parpados salientes, ceja gris espesa, como la gran mata de pelo áspero que ceñía su cabeza; barba redonda y carnosa, nariz de corrección insignificante, boca grande, labios pálidos y gruesos. Era alta, ancha de hombros, y su larga viudez casta parecía haber echado sobre su cuerpo algo como matorral de pureza que le daba cierto aspecto de virgen vetusta. El vestido era negro, hábito de los dolores, con una correa de charol muy ancha y escudo de plata chillón, ostentoso, en la manga, ceñida á la muñeca de gañán con presillas de abalorios.

Estaba sentada delante de un escritorio de armario con figuras chinescas, doradas, incrustadas en la madera negra. Se levantó, abrazó á la Regenta y besó la mano del Magistral. Les suplicó, después de agradecer la sorpresa de la visita, que la dejaran terminar aquel embrollo de números; y dama y clérigo se vieron solos en el salón sombrío, de damasco verde oscuro y de papel gris y oro. Ana se sentó en el sofá, el Ma-

gistrál á su lado en un sillón. Las maderas de los balcones entornados dejaban pasar rayos estrechos de la luz del día moribundo; apenas se veían Ana y De Pas. Del gabinete de la derecha, salió un gato blanco, gordo, de cola opulenta y de curvas elegantes; se acercó al sofá, paso á paso, levantó la cabeza perezoso, mirando á la Regenta, dejó oír un leve y mimoso quejido gutural, y después de frotar el lomo familiarmente contra la sotana del Provisor, salió al pasillo con lentitud, sin ruido, como si anduviera entre algodones. Ana tuvo aprensión de que olía á incienso el blanquísimo gato; de todas maneras, parecía un símbolo de la devoción doméstica de doña Petronila. En toda la casa reinaba el silencio de una caja almohadillada; el ambiente era tibio y estaba ligeramente perfumado por algo que olía á cera y á estoraque y acaso á espliego... Ana sentía una somnolencia dulce pero algo alarmante; se estaba allí bien, pero se temía vagamente la asfixia.

Doña Petronila tardaba. Una criada, de hábito negro también, entró con una lámpara antigua de bronce, que dejó sobre un velador después de decir con voz de monja acatarrada: «¡Buenas noches!» sin levantar los ojos de la alfombra de fieltro, á cuadros verdes y grises.

Volvieron á quedar solos Ana y su confesor.

Interrumpiendo un silencio de algunos minutos dijo el Magistral con una voz que se parecía á la del gato blanco:

—No puede Vd. imaginar, amiguita mía, cuánto le agradezco esta resolución...

—Hubiera Vd. hablado antes...

—Bastante he hablado, picarilla...

—Pero no como hoy, nunca me dijo Vd. que era un desaire que yo le hacía y que ya sabían estas señoras el negarme á venir... ¡Llovía tanto!... Ya sabe Vd. que á mí la humedad me mata, la calle mojada me horro-

riza... Yo estoy enferma... sí, señor, á pesar de estos colores y de esta carne, como dice don Robustiano, estoy enferma; á veces se me figura que soy por dentro un montón de arena que se desmorona... No sé cómo explicarlo... siento grietas en la vida... me divido dentro de mí... me achico, me anulo... Si Vd. me viera por dentro me tendría lástima... Pero á pesar de todo eso, si Vd. me hubiese hablado como hoy antes, hubiese venido aunque fuera á nado. Sí, don Fermín, yo seré cualquier cosa, pero no desagradecida. Yo sé lo que debo á Vd., y que nunca podré pagárselo. Una voz, una voz en el desierto solitario en que yo vivía, no puede Vd. figurarse lo que valía para mí... y la voz de Vd. vino tan á tiempo... Yo no he tenido madre, viví como Vd. sabe... no sé ser buena; tiene Vd. razón, no quiero la virtud sino es pura poesía, y la poesía de la virtud parece prosa al que no es virtuoso... ya lo sé... Por eso quiero que Vd. me guíe... Vendré á esta casa, imitaré á estas señoras, me ocuparé con la tarea que ellas me impongan... Haré todo lo que usted manda; no ya por sumisión, por egoísmo, porque está visto que no sé disponer de mí; prefiero que me mande Vd... Yo quiero volver á ser una niña, empezar mi educación, ser algo de una vez, seguir siempre un impulso, no ir y venir como ahora... Y además necesito curarme; á veces temo volverme loca... Ya se lo he dicho á Vd.; hay noches que, desvelada en la cama, procuro alejar las ideas tristes pensando en Dios, en su presencia. «Si él está aquí, ¿qué importa todo?» Esto me digo, pero no vale, porque, ya se lo he dicho, me saltan de repente en la cabeza ideas antiguas, como dolores de llagas manoseadas, ideas de rebelión, argumentos impíos, preocupaciones necias, tercas, que no sé cuándo aprendí, que vagamente recuerdo haber oído en mi casa, cuando vivía mi padre. Y á veces se me antoja preguntarme, ¿si será Dios

esta idea mía y nada más, este peso doloroso que me parece sentir en el cerebro cada vez que me esfuerzo por probarme á mí misma la presencia de Dios?...

—Anita, Anita... calle Vd.... calle Vd., que se exalta! Sí, sí, hay peligro, ya lo veo, gran peligro... pero nos salvaremos, estoy seguro de ello; Vd. es buena, el Señor está con Vd... y yo daría mi vida por sacarla de esas aprensiones... Todo ello es enfermedad, es flato, nervios... ¿qué sé yo? Pero es material, no tiene nada que ver con el alma... pero el contacto es un peligro, sí, Anita; no ya por mí, por Vd. es necesario entrar en la vida devota práctica... ¡Las obras, las obras, amiga mía! Esto es serio, necesitamos remedios enérgicos. Si á Vd. le repugnan á veces ciertas palabras, ciertas acciones de estas buenas señoras, no se deje llevar por la imaginación, no las condene ligeramente; perdone las flaquezas ajenas y piense bien, y no se cuide de apariencias... Y ahora, hablando un poco de mí, ¡si Vd. pudiera penetrar en mi alma, Anita! yo sí que jamás podré pagarle esta hermosa resolución de esta tarde...

—¡Habló Vd. de un modo!...

—Hablé con el alma...

—Yo estaba siendo una ingrata sin saberlo...

—Pero al fin... vida nueva; ¿no es verdad, hija mía?

—Sí, sí, padre mío, vida nueva...

Callaron y se miraron. Don Fermín, sin pensar en contenerse, cogió una mano de la Regenta que estaba apoyada en un almohadón de crochet, y la oprimió entre las suyas sacudiéndola. Ana sintió fuego en el rostro, pero le pareció absurdo alarmarse. Los dos se habían levantado, y entonces entró doña Petronila á quien dijo De Pas sin soltar la mano de la Regenta...

—Señora mía, llega Vd. á tiempo; Vd. será testigo de que la oveja ofrece solemnemente al pastor no separarse jamás del redil que escoge...

El Gran Constantino besó la frente de Ana.
Fué un beso solemne, apretado, pero frío... Parecía poner allí el sello de una cofradía mojado en hielo.

